



La construcción local de la Soberanía Alimentaria en el contexto del proyecto Círculos de Alimentación Escolar

Alicia Martín Alcaraz

Actualmente y en el contexto del capitalismo neoliberal, la histórica crisis alimentaria y productiva adquiere nuevas y dramáticas connotaciones que derivan en la profundización de las desigualdades sociales, el aumento de la pobreza y pobreza extrema, la insuficiencia alimentaria y el incremento de las migraciones. Se calcula que existen a nivel mundial, 795 millones de personas que no tienen suficientes alimentos para satisfacer sus necesidades nutricionales (WFP, 2014), cuando según datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), se producen alimentos para nutrir a 12,000 millones de personas en un planeta habitado por 7,000 millones.

Tal y como afirman Lappé, Colins, Rosset y Esparza (1998), “la abundancia y no la escasez, es lo que describe la disponibilidad de comida en el mundo (...). Hay suficientes alimentos en el mundo para promover por lo menos 4,3 libras de comida por persona al día en todo el mundo” (Lappé, Colins, Rosset y Esparza, 1998). El problema entonces no es la falta de alimentos o desabasto, sino el acceso a éstos.

La crisis alimentaria, indisociable de la crisis climática, la energética y la financiera, responde a causas estructurales, poniendo “en entredicho no sólo la agricultura industrial sino todo un modelo civilizatorio sobreconsumidor de energía” (Bartra, 2008: 15).

El quiebre de la hegemonía de EEUU a partir del 2000, trajo consigo en 2007 el descontrol de los precios del petróleo, lo que generó un aumento de precios de las materias primas (agropecuarias y minerales) y el encarecimiento de otros cultivos, además del huevo, la carne y los lácteos. Si bien los fenómenos naturales influyeron en este proceso, el factor fundamental que detonó la crisis provino del sector financiero-especulativo.

Dicha especulación puso al descubierto “los mecanismos financieros para obtener ganancias no del desabasto real, sino de un supuesto desabasto futuro sustentado en la debilidad alimentaria mundial” (Rubio, 2008: 46). A esto se sumó la orientación de los cereales para la elaboración de agrobiocombustibles, que contribuyó a mantener el alza de los precios



y la reducción de la oferta alimentaria, dirigiendo a su vez la producción de países como México al cultivo de bienes alimentarios dirigidos a los biocombustibles (soya, el maíz...). En este escenario, los Tratados de Libre Comercio (TLC) —en México, en 1994—, fueron piezas clave en el mantenimiento y reproducción del orden agroalimentario global, al permitir la entrada sin arancel de productos abarataados “sin los cuales no hubiera sido posible inundar las economías dependientes de los bienes básicos extranjeros” (Rubio, 2008:44).

Sostenido en esta realidad de “financiarización” (Rubio, 2008:45) de los mercados cerealeros, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), redefinió y fortaleció su concepto normativo de “Seguridad Alimentaria” —que absorbe a su predecesora, la “Suficiencia Alimentaria”—, formulado en la Cumbre Mundial de Alimentación en 1974. Basado en la lógica tecnócrata y la perspectiva de escasez, “las dimensiones de disponibilidad y acceso a los alimentos (...) representan los principios bajo los cuales se han diseñado y financiado los programas y proyectos orientados a la contención de la crisis alimentaria y a la disminución del hambre en las últimas décadas (González Prada, 2012: 74).

En México, y concretamente en la región chiapaneca —por los altos índices de marginación, pobreza, pobreza extrema y riesgo alimentario que presenta—, su praxis transformada en política pública resultó en el Programa Estratégico para la Seguridad Alimentaria (PESA), diseñado para la atención a productores en zonas rurales de alta y muy alta marginación.

Los deficientes resultados obtenidos a diez años de su implementación, no son fruto únicamente de la mala gestión de los programas y las “prácticas clientelares de intervención institucional” (Oregón, Tapia, Bordi, Bachére, 2015), sino de las propias contradicciones que trae aparejado el concepto.

La Seguridad Alimentaria parte del no cuestionamiento del actual modelo “hegemónico” de producción basado en una agricultura industrializada, donde los recursos naturales se transforman en meros insumos productivos “cuyos ciclos y procesos naturales son forzados hasta obtener un máximo rendimiento, según las demandas del mercado” (Guzmán, 2004: 8).

En la misma tónica que la Revolución Verde, la “biorevolución transgénica” se inserta en esta perspectiva para “incentivar la manifestación de rasgos genéticos deseados en plantas y animales” (Guzmán, 2004: 12) y aumentar el rendimiento de la producción y su competitividad en el mercado, sin internalizar los altos costos medioambientales —pérdida de diversidad genética, mutación, promoción de la erosión y el cansancio de la tierra...— ni sociales —riesgos vinculados a la salud, entre otros— que estas prácticas conlleven.

Sin embargo, desde finales de la década del siglo pasado, asistimos al surgimiento de diversos procesos antagónicos a la lógica de la competencia de libre mercado, la mercantilización de los recursos naturales y el expolio de los territorios a sus dueños legítimos, poniendo en tela de juicio la racionalidad y el discurso

ecotecnocrático que promueven y legitiman gobiernos y transnacionales. La Soberanía Alimentaria, como alternativa a los modelos de despojo y acumulación agroalimentaria, desde su formulación en 1996, propone la reflexión constante y la redefinición de lo alimentario, y apuesta por los sistemas de producción locales y agroecológicos para alimentar a la población a través de mercados locales, fomentando el reequilibrio de las relaciones de poder. Esta es una propuesta política, que nace desde y para el mundo rural campesino —del pueblo para



Foto: Francisco Robles



el pueblo, contrariamente a las nociones de suficiencia y seguridad alimentaria— e “incorpora desde sus inicios una crítica a la globalización agroalimentaria y una propuesta (para) construir sistemas agroalimentarios locales alternativos a la globalización” (Montiel, 2015).

La Vía Campesina, integrada hoy por 150 organizaciones agrarias en 69 países, y sus “Seis Líneas de Soberanía Alimentaria”, han fomentado la reflexión y la discusión en torno a las posibilidades y retos que presenta la consecución de la Soberanía Alimentaria desde el nivel local al internacional, reactivando un proceso de análisis y toma de conciencia tanto en el mundo rural agroganadero y campesino, como en el urbano. En este sentido, no se trata únicamente de una propuesta de cambio socioeconómico y político —que habría de reflejarse en el diseño e implementación de políticas públicas equitativas y justas, y no en iniciativas clientelares y asistencialistas como el PESA—, sino también cultural y cotidiano.

No obstante, ¿es posible construir Soberanía Alimentaria desde lo local? ¿Puede la producción “agroecológica” campesina a pequeña escala tener un alto rendimiento para satisfacer las necesidades alimenticias de las poblaciones? ¿Pueden las redes de comercialización locales (cadena corta) ser una salida viable y digna para la venta de producción local? ¿Es posible ejercer presión desde lo local para transformar la perspectiva asistencialista, clientelar y “de escasez” de las políticas públicas agroalimentarias? Que los gobiernos y las instancias internacionales reconozcan tal realidad, parte de que se hagan eco de las demandas de la sociedad civil organizada, y apoyen un modelo agrícola y de consumo local digno, justo y equitativo. Para ello, será necesario fomentar el ejercicio de una gobernabilidad conjunta que sea verdaderamente democrática, pero sobre todo, de “gobernanza”, hacia búsqueda del restablecimiento de los sistemas de apoyo mutuo y de vinculación con actores no gubernamentales y alentando un verdadero diálogo de saberes.

Existen iniciativas que desde abajo, comienzan a mostrar que la consecución del derecho a la alimentación basada en una agricultura ecológica y sostenible, es posible. En la región de los Altos, en Chiapas, los llamados “Acuerdos de Colaboración para la Gestión Territorial” y la implementación del proyecto piloto “Círculos de Alimentación Escolar” son ejemplos de cómo desde lo local, y a través del fortalecimiento de procesos de gobernanza, los pueblos indígenas- campesinos comienzan a construir desde su cotidianeidad mejores condiciones para el Lekil Kuxlejal.



Foto: Francisco Robles

En este sentido, el proyecto “Círculos de Alimentación Escolar”, como una iniciativa local pensada desde el pueblo para el pueblo, tiene la finalidad de enfrentar las circunstancias que impiden el acceso de la población a una alimentación sana, equilibrada y culturalmente apropiada.

La base sociopolítica del mismo se encuentra sostenida por toda una estructura que no únicamente responde a las necesidades de un grupo en específico, sino nace y se reproduce en el seno de un proceso político y cultural encabezado por las comunidades campesinas indígenas, fomentando la gobernanza en el territorio.

Siguiendo esta línea, no es difícil encontrar la relación indisociable que existe entre los Acuerdos de Colaboración para la Gestión Territorial y las 6 Líneas de la Soberanía Alimentaria propuestas por la Vía Campesina. Ambas perspectivas, guían, perfilan y contextualizan desde su inicio hasta su ejecución Círculos de Alimentación Escolar.

El proyecto persigue el fortalecimiento de la economía local y el empoderamiento social y la equidad de género. A través de una inversión inicial (no subsidaria), se pretende fomentar un incipiente mercado local promoviendo la compra de productos locales para el abastecimiento de comedores escolares, e incentivar y diversificar la producción de las campesinas y campesinos de los Altos de Chiapas (San Juan Cancuc y Pantelhó). Se parte de la integración y consolidación de Comités de Alimentación Escolar por nivel de escolarización en cada comunidad, y Comités Municipales de Soberanía Alimentaria, como mecanismos locales de

coordinación, seguimiento y evaluación de las acciones asociadas al proyecto, fomentando su apropiación por parte de los participantes. Asimismo, busca generar un modelo que inspire una política pública para la región de los Altos de Chiapas en materia de alimentación y en el marco de la Soberanía Alimentaria, desde el nivel local hasta el regional y nacional.

A un escaso año de su implementación, se estima que el proyecto podría contribuir de manera específica a la construcción de la Soberanía Alimentaria y la posibilidad de alimentación local a mediano plazo. En esta línea, a continuación se presentan 7 hipótesis –basadas en las 6 Líneas de La Vía Campesina–, una por área de impacto en la que el proyecto pretende incidir, con base en los resultados hasta el momento alcanzados:

1) Nutrición-Salud, impulsando la toma de conciencia sobre qué producimos, cómo producimos y cuáles son las consecuencias para nuestro organismo. El proyecto pretende fomentar así el consumo de alimentos locales, sanos y culturalmente apropiados para la correcta nutrición de la población infantil y adulta, a través del diseño participativo de menús que aporten los requerimientos calóricos y energéticos necesarios, e inhiban el consumo de alimentos chatarra. **2) Producción**, a través de la utilización de prácticas y tecnologías agroecológicas vinculadas a los saberes tradicionales indígenas-campesinos frente al modelo productivo agroindustrial. Círculos de Alimentación Escolar apuesta por una producción local diversificada y orgánica que sea capaz de abastecer comedores escolares comunitarios para ofrecer el servicio de alimentación, a través de la compra de los produc-

tos a los productores y padres de familia participantes. **3) Medioambiente**, en tanto disminuye el deterioro ambiental y fomenta la reforestación y la diversificación de los ecosistemas, reduciendo las prácticas que causan el cansancio de la tierra, su erosión y el agotamiento de los recursos naturales. **4) Economía**, promoviendo intercambios directos y sin intermediarios (Cadena corta) a través de la creación de una cooperativa de producción y abasto, que asegure relaciones comerciales más justas, y el aumento de la capacidad adquisitiva de la población. Sumado a esto y hasta el momento, Círculos de Alimentación Escolar se perfila como una iniciativa más rentable y sostenible que la Cruzada Nacional contra el Hambre, siendo hasta \$12,000 pesos MX más económico a la hora de mantener y abastecer los comedores escolares. **5) Cultura**, impulsando el fortalecimiento de la identidad indígena-campesina y el liderazgo político de los actores participantes del proyecto a través del refuerzo de la organización comunitaria, la recuperación y resignificación de la tradición y el fomento de la gobernanza local; **6) Género**, trabajando en el empoderamiento, el liderazgo y la equidad mediante el reconocimiento del trabajo de las mujeres como principales productoras y constructoras de soberanía alimentaria en su entorno; y **7) Educación**, incidiendo en el aumento del desempeño y rendimiento escolar a través de la implementación de una dieta sana y equilibrada, y promoviendo procesos de capacitación horizontales y participativos en aras de propiciar un “diálogo de saberes” que redunde en el respeto y la valorización de los conocimientos locales.

Si bien la construcción real de la soberanía alimentaria en el contexto de implementación del proyecto “Círculos de Alimentación Escolar” supone transitar todavía un largo camino, frente a aquellos que argumentan que la agricultura ecológica tradicional no es productiva y además incapaz de alimentar al mundo, varios estudios demuestran (tales como el Informe IAASTD, 2009, o el estudio de la Universidad de Michigan, 2007) “cómo la producción campesina a pequeña escala puede tener un alto rendimiento (...) así como puede proveer de ingresos alimentarios y monetarios a los más pobres a la vez que genera excedentes para el mercado local” (Vivas, 2011). De aquí, que dicho proyecto piloto pueda ser concebido como una alternativa viable de política pública a largo plazo al servicio de los pueblos campesinos e indígenas de Chiapas y su ecosistema.



Foto: Francisco Robles

